

## Editorial

### **Migración: un fenómeno complejo y creciente.**

La sociedad salvadoreña se ha caracterizado siempre, y especialmente durante el siglo XX y lo que va del XXI, por una movilidad humana particularmente intensa. Las razones son múltiples: las diversas formas de exclusión social y la violencia que ellas generan; la crisis económica de finales de los años 20; las catástrofes naturales cuyas consecuencias son amplificadas por la vulnerabilidad social del país; los conflictos bélicos internos, especialmente los hechos de 1932 y la guerra civil de los años 70 y 80; la guerra contra Honduras en 1969; la falta creciente de oportunidades y la violencia social. Se trata de una movilidad humana que tiene un dinamismo interno, del campo a las ciudades, y un dinamismo expulsor hacia otros países.

Según datos publicados en abril de 2006, existen 2.9 millones de salvadoreños en el exterior. Unos 600 salvadoreños abandonan diariamente el país en busca de mejores condiciones de vida. Y la causa principal de la actual dinámica expulsora es la falta de oportunidades acentuada por el modelo económico adoptado.

De acuerdo a reconocidos economistas, el recientemente ratificado Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos profundizará la destrucción de la productividad nacional -especialmente en el agro- y aumentará -por eso mismo- la emigración hacia Estados Unidos.

Actualmente, más del 55% de los salvadoreños se desempeñan laboralmente en empleos informales. Ese porcentaje crecerá cuando muchas pequeñas y medianas empresas se vean en la imposibilidad de competir con los productores estadounidenses. Por otro lado, las restricciones que dicho Tratado establece para la venta de productos "no originales" generará menores espacios laborales para las miles de familias que viven de la venta de los productos llamados "pirateados", lo cual incrementará el éxodo hacia el exterior. Al mismo tiempo, la concentración de los servicios públicos y de las fuentes de trabajo en las principales ciudades del país, especialmente en el Gran San Salvador, continúa provocando el traslado del campo a la ciudad. Pero el país también es receptor: la zona oriental del país se convierte, en algunas épocas del año, en receptora de inmigrantes provenientes de Honduras y Nicaragua, y todo el territorio nacional ha sido con frecuencia lugar de paso para emigrantes centroamericanos, suramericanos y asiáticos.

La emigración intensa no es un fenómeno exclusivamente salvadoreño, pues América Latina produjo sólo en el año 2005 más de 25 millones de emigrantes. Sin embargo, el caso salvadoreño reviste algunas características particulares.

En primer lugar, actualmente la migración aparece como un fenómeno que no sólo es soportado, sino también estimulado, debido sobre todo a los beneficios económicos proporcionados por las remesas. La emigración es estimulada por el gobierno, que se ve necesitada del aporte económico de los emigrantes para incrementar el producto interno bruto del país. También el sistema financiero del país -en su rol de mediador de las remesas- se beneficia económicamente, lo mismo que el sector comercial, el cual necesita que la población conserve e incremente su poder adquisitivo. La emigración es estimulada por las mismas familias: en algunos casos porque beneficia económicamente a los que se quedan; en otros casos porque reúne a los que han sido separados. En efecto, muchos salvadoreños en el exterior están financiando el traslado hasta ellos de los miembros de la familia que todavía permanecen en El Salvador.

Un segundo rasgo notorio de la migración salvadoreña es su carácter circular de ida y retorno, provocado por la continua deportación de salvadoreños y por el reintento de muchos de los que han sido deportados. En este sentido, la migración también se ha convertido en negocio millonario para redes internacionales de "coyotes".

Un tercer rasgo se refiere a las consecuencias políticas de la migración. El tema es objeto de debate político, sobre todo en épocas de campaña electoral. Los candidatos visitan a los emigrantes en Estados Unidos y publicitan sus visitas, precisamente por el peso que tales acciones pueden tener en el electorado. Sin embargo los emigrantes no pueden votar desde el extranjero, ni incidir políticamente en el país.

El fenómeno migratorio -sobre todo la presencia numerosa de compatriotas en Estados Unidos- también ha incidido fuertemente en la política internacional salvadoreña, de tal manera que el Estado salvadoreño se ha visto forzado a ser aliado incondicional de Estados Unidos como estrategia para reducir el riesgo de las deportaciones masivas. Eso explica, por ejemplo, la presencia militar de El Salvador en Irak, o la posición del gobierno salvadoreño frente a la pretensión norteamericana de construir lo que el Presidente Fox llamó "muro de la vergüenza". La misma dolarización del país encuentra una justificación -según quienes la defienden- en las numerosas remesas enviadas por los salvadoreños -en dólares- desde el exterior. El liderazgo de El Salvador en la negociación del Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos, y el hecho de haber sido el primer país en ratificar dicho Tratado, tiene también explicación -al menos en parte- en la migración.



Asistimos hoy a un fenómeno migratorio creciente pero también deshumanizado y deshumanizante. Los tratados de libre comercio aseguran el libre movimiento de capital y de bienes de consumo, pero no aseguran la libre movilización de las personas. La actual estrategia de globalización globaliza el mercado, eliminando sus fronteras, pero robustece las barreras para las personas, precisamente porque esta globalización exagera la acumulación de capital. Se busca que los mercados sean cada vez más libres, sin que eso implique libertad de movilización para ir allí donde el capital está acumulado. El retorno de salvadoreños mutilados o de cadáveres de emigrantes que perecieron en el intento son hechos que desenmascaran esa ambigüedad del libre mercado.

La larga historia de migraciones dentro de El Salvador y hacia fuera, ha hecho de los salvadoreños y salvadoreñas, personas siempre dispuestas al éxodo. Tener pasaporte y tener visa de Estados Unidos es una preocupación que está más presente en los salvadoreños y salvadoreñas que en los ciudadanos de otros países centroamericanos. Sin embargo esta "disposición" no debe ser entendida como "congénita" e inscrita en la "naturaleza misma" de los salvadoreños y salvadoreñas, sino siempre como algo provocado: nadie emigra por el placer de emigrar, sino porque existen condiciones que fuerzan la migración.

Puesto que la migración es un fenómeno social que nos afecta a todos -o porque nos vamos o porque nos quedamos- debemos tratar de que no se convierta en una ocasión para la explotación y la discriminación. Nuestros emigrantes deben ser eso: personas emigrantes, antes personas que emigrantes, y nunca extraños a quien temer o mano de obra barata a explotar. Esa exigencia de humanizar la migración resulta particularmente urgente en momentos como estos en los que nuestro país es también receptor de emigrantes que van de paso y de trabajadores -sobre todo agrícolas- de otros países centroamericanos. Si exigimos que traten a nuestros compatriotas como personas, estamos también en la obligación de acoger y tratar como personas a todos aquéllos que vienen o pasan por nuestro país.

La movilidad humana es un derecho de toda persona, familia y grupo. Nadie puede ser obligado a permanecer en un lugar, especialmente si este lugar no le permite vivir dignamente. Y a nadie le debe ser impedido el movimiento, especialmente si ese tránsito significa posibilidad de condiciones de vida más humanas.

Aunque hay muchos que ven la migración y las remesas como el "rostro humano de la globalización", detrás de ella hay mucho de explotación, travesías riesgosas y en muchos casos mortales, fragmentación familiar, ilegalidad, racismo, humillación y abuso por parte de "coyotes" y de las autoridades en los países de tránsito. Los gobiernos -tanto de los países

emisores como de aquéllos receptores y de tránsito- deben velar por la seguridad, el respeto y la dignidad de las personas emigrantes y sus legítimas aspiraciones a una vida más humana para sí y para sus familias. En ese sentido, es alentador reconocer que los emigrantes salvadoreños y quienes se benefician de esa emigración comienzan a fortalecer su organización. Los congresos anuales de salvadoreños en el exterior y la participación de organizaciones de salvadoreños en las marchas de abril y mayo en más de cien ciudades de Estados Unidos, así como las gestiones realizadas por los emigrantes en vista de la extensión del TPS, y su creciente capacidad para animar desde el exterior proyectos de desarrollo comunitario, muestran que la organización está tomando cuerpo. La emigración empieza también a ser un fenómeno que crea solidaridad mundial, o al menos continental. Prueba de ello es la acogida que ha tenido la reciente invitación de distintos movimientos a unirse a la lucha de los inmigrantes en Estados Unidos.

La migración nos afecta a todos -ya sea que partamos o nos quedemos-. Por eso, hoy más que nunca nos encontramos todos y todas frente al desafío de asegurar que se dé en condiciones de respeto a la dignidad de las personas emigrantes. Este es un momento oportuno para robustecer la solidaridad, la organización, la reflexión sobre las causas y consecuencias de la migración y el esfuerzo por construir juntos una sociedad que permita mejores condiciones de vida para todas y todos.

Junio, 2006.